

La experiencia estética, glorificación de lo sensible

“Nadie duda de que existe
una profundidad metafísica de lo sensible.
Ponerla de manifiesto es precisamente
la tarea de los más grandes artistas”
(Louis Lavelle)

Recordemos que el vocablo “Estética” se deriva del verbo griego “aisthanomai”, sentir. La sensibilidad es *el lugar viviente de presencia* de la belleza, no el *medio a través del cual* accedemos a su conocimiento. Cuando la experiencia estética es espontánea, da la impresión de ser algo puramente sensible. Oigo un nocturno de Federico Chopin, y mi sensibilidad queda saturada de agrado estético, pero mis sentidos, al ser humanos, remiten más allá de ellos mismos y me permiten vivir el mundo romántico del amor a la noche, lo sugerente, lo misterioso e inacabado.

El *Agnus Dei* de la *Missa solemnis* de Beethoven sorprende nuestro oído con la delicia de ciertos timbres y armonías. Pero estos sonidos no nos *embriagan* con su encanto; nos instan a *trascenderlos* –sin abandonarlos– y unirnos a la inquietante súplica por la paz, sobrecogernos de temor ante la guerra y vibrar con el grito angustioso de la soprano ante el redoble amenazador de los tambores lejanos. La Estética no prescinde de la sensibilidad; la realza de forma impresionante, al abrirla a los distintos horizontes de una vida humana plena. Por eso, la experiencia estética supone el apogeo de lo sensible, su máxima gloria, pero de *lo sensible abierto a las realidades que capta la inteligencia, añora la voluntad y valora el sentimiento*. Los sentidos no se limitan a dar materiales al entendimiento, abrimos la puerta de la belleza, dar apoyo a las elevadas operaciones del espíritu. En lo sensible se hace presente lo suprasensible, de forma transparente y sugestiva. Por eso captamos en él lo suprasensible de modo inmediato-indirecto, lo cual hace posible una intuición intelectual que vaya aliada con el discurso.

Al contemplar ciertas obras de Eugene Delacroix o Teodoro Gelineau, nuestros sentidos se ven acariciados por una sinfonía de colores. Estamos en lo que suelo llamar *nivel 1*¹. En esa sinfonía colorista se hace presente todo un mundo romántico, agitado por mil tensiones (*nivel 2*). Lo peculiar del lenguaje poético es su poder de plasmar ámbitos (*nivel 2*) en el campo expresivo de lo sensible (*nivel 1*). El lenguaje poético no abandona el campo de lo sensible una vez que expresa su mensaje, como sucede con el lenguaje meramente prosaico o signitivo. En el nivel poético, propio de la experiencia estética, lo sensible está siempre en estado de exultación y transfiguración, pero lo está en cuanto es capaz de asumir realidades no sensibles y expresarlas. Por eso, el lenguaje poético es eminentemente expresivo. Con todo fundamento escribió Platón que lo bello es “lo más luminoso y amable” (*Fedro* 250 d 7).

- Si tenemos sensibilidad artística, al contemplar un ánfora griega nos sentimos inundados de un sentimiento peculiar, una emoción que nos transporta. Esos fondos negros sobre los que resaltan escenas bélicas estilizadas suscitan en nuestro interior una alegría desbordante.

¹ La teoría de los niveles de realidad y de conducta la expongo con cierta amplitud en las obras *Descubrir la grandeza de la vida*, I volumen de *La Biblioteca del Educador*, Puerto de Palos, Buenos Aires, 2006; y *La defensa de la libertad en la era de la comunicación*, PPC, Madrid 2004.

- El que oiga de forma penetrante el tercer tiempo de la *Novena Sinfonía* de Beethoven, con su trama de bellísimas melodías que se entretejen en un constante avanzar, se ve inmerso en un reino de inmensa e inagotable belleza.
- En el aria “*Erbarne dich*” (Compadécete) de la *Pasión según San Mateo* de Bach, sentimos el encanto de la melodía del violín y la expresividad profunda de las armonías, pero también captamos el dolor esperanzado de San Pedro al encontrarse con Cristo después de la traición. Inmediatamente nos elevamos a un nivel de encuentro, belleza, perdón y arrepentimiento, de entrega incondicional a la misericordia por parte del Señor y de promesa por parte del discípulo. En un mismo acto se agolpan tantas experiencias –desde la espontánea impresión sensorial hasta la más elevada decisión del espíritu– que nos vemos saturados de vida humana sumamente cualificada.
- Esta fecunda integración de sensibilidad e inteligencia acontece, asimismo, en las artes plásticas, por ejemplo al contemplar un Cristo de Gregorio Hernández. Esa bellísima imagen nos entra por los ojos, y, al hallarse éstos integrados en nuestra persona, se conectan inmediatamente con la imaginación y la inteligencia para darnos una visión integral de los ocho niveles de dicha obra maestra².

Las experiencias antedichas nos permiten acotar el tema de la belleza y advertir cómo resaltan en él conceptos tan significativos como el de *orden, armonía, elevación, transfiguración, alegría de vivir, luminosidad, patencia o evidencia...* “*Lo bello* –escribe H. G. Gadamer–, *por estar lleno de sentido, resulta ‘evidente’*”³. A medida que clarifiquemos estos conceptos y otros afines, y descubramos su interna vinculación mutua, se irá precisando en nuestra mente la idea de la belleza y de la Estética, como área de conocimiento y como disciplina escolar. Tal clarificación se realiza, en buena medida, al analizar las *categorías estéticas*, vistas como modalidades de la belleza. Es un tema clave en la fundamentación de la vida estética.

Alfonso López Quintás

² La descripción de estos niveles puede verse en mi obra *La experiencia estética y su poder formativo*, Universidad de Deusto, Bilbao ²2004, págs. 236-279.

³ Cf. *Verdad y método*, Sígueme, Salamanca, 1977, p. 579 Versión original: *Wahrheit und Methode*, Mohr, Tubinga, ²1962, p. 460).